

Prólogo

El ser humano se ha visto a sí mismo como un ser singular, dotado de cualidades únicas en la naturaleza. Consciente de su existencia, se ha preguntado sobre su comienzo y procedencia. A través de mitos, todas las culturas conocidas han articulado un relato sobre el origen de los seres humanos para dar respuesta a la pregunta básica de dónde venimos. En Occidente, las primeras teorías transformistas del mundo natural empiezan a articularse a partir de los siglos XVII y XVIII, a la par que se van conociendo más y algo mejor algunos animales exóticos procedentes de los cinco continentes. Es a mediados del siglo XIX cuando cristaliza con Darwin una visión evolucionista del mundo orgánico, explicada a través del mecanismo causal de la selección natural. Es entonces cuando comienza un interrogatorio sin descanso de cómo la selección de los más aptos ha dado lugar a las singularidades del hombre; a contestar a una pregunta: ¿qué nos hace humanos? La marcha bípeda, la destreza manual, la posesión de caninos tan reducidos, la asimetría del cerebro, un periodo de crecimiento tan prolongado, el desarrollo de un intelecto tan asombroso (y a veces tan dañino), entre otros muchos rasgos, se convierten en objetos de estudio científico y son abordados desde todos los puntos de vista; desde sus precedentes fósiles, desde sus bases fisiológicas y biomecánicas, y,

más modernamente, desde sus fundamentos genéticos y su biología del desarrollo. Pero entre estas aproximaciones, una disciplina concreta aporta un caudal de conocimiento básico y sólido sin el que el saber sobre nuestro pasado sería casi nulo. Me refiero al objeto de este libro: la paleontología humana. La ciencia que estudia los fósiles humanos y trata de esclarecer los procesos de cambio mediante el estudio científico de las evidencias materiales que han quedado registradas en los estratos de la tierra. En este volumen concentraremos nuestra atención en el estudio de los primeros homínidos, explorando en detalle sus hondas raíces evolutivas y precedentes miocenos. En este contexto, despierta nuestro interés un tema muy especial: esclarecer cómo era el último antepasado común que compartimos con los chimpancés. Y cómo este evolucionó y se diversificó en los australopitecinos y en las formas intermedias antes de alcanzar la anatomía que asignamos al género *Homo*.

Y en este punto detendremos momentáneamente nuestro discurso. La gran documentación paleontológica y los complejos problemas biológicos asociados al origen y diversificación de las distintas especies humanas clasificadas en el género *Homo* exigen un tratamiento propio que abordaremos en otro volumen.